


98




Prácticas sociales y estrategias de las mujeres en contextos de violencia

Nueva Antropología

•**Ana Teresa Peña Hernández,** "Y le puse las manos entre mis piernas y le dije: ya está naciendo el bebé, atiéndame". Resistencias de un grupo de mujeres de Teopancingo, Puebla, ante la violencia obstétrica • **María Susana Rosales Pérez,** Género, agencia y religión. Participación de las mujeres rurales en grupos religiosos pentecostales fronterizos • **Edith Mónica Hernández Hernández,** Parteras de la resistencia contra la violencia: mujeres *ñuu savi* dando vida a otras formas de habitar el mundo • **Alejandra A. Ramírez López,** Experiencia juvenil de afromexicanas en la Costa Chica de Oaxaca: prácticas de agenciamiento frente a la violencia simbólica • **Jahel López Guerrero,** Prácticas espaciales de mujeres indígenas jóvenes ante el miedo, las violencias y la discriminación en la Ciudad de México • **Lizeth Pérez Cárdenas,** Más allá de llegar al cargo: violencia política contra mujeres indígenas, los retos de la participación

VOL. XXXVI, NÚMERO 98, ENERO-JUNIO 2023 ISSN 0185-0636

Nueva Antropología 98

Prácticas sociales y estrategias de las mujeres en contextos de violencia

Directora fundadora
Silvia Gómez-Tagle

Director general
Emanuel Rodríguez

Directora editorial
Ana Peña

Consejo de redacción
Raúl Nieto, Xóchitl Ramírez, María Josefa Santos, Héctor Tejera, Betzabé Márquez

Consejo editorial
Alejandra Aguilar, Jorge Alonso, Lourdes Arizpe, Steffan Igor Ayora, Federico Besserer, Carmen Bueno, Edith Calderón, Alicia Castellanos, Rodrigo Díaz, José del Val, Carles Feixa, Carlos Garma, Turid Hagene, Esteban Krotz, Gilberto López y Rivas, Roger Magazine, Vicente Moctezuma, Eduardo Nivón, Marisol Pérez Lizaur, Patricia Ravelo, María Teresa Romero, Mauricio Sánchez, Sergio Sánchez, Pablo Semán, Gabriela Vargas Cetina, Claudia Ytuarte-Núñez, Claudia Zamorano

Consejeros honorarios
Luis H. Barjau, Erwin Stephan Otto, Adrián García Valadés, José Eduardo García Gómez-Tagle

Asociación Nueva Antropología, A. C., publica *Nueva Antropología*

Instituciones que apoyan Nueva Antropología, A. C.:
Instituto Nacional de Antropología e Historia; Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social; Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM

Coordinadoras del número
Ana Teresa Peña Hernández y Sonia Guadalupe Contreras Medina

Secretaría técnica
Karen Palacios

Producción y cuidado editorial
Subdirección de Publicaciones Periódicas, CND-INAH

Ilustración de portada
Dibujo de Felicita López Gómez (10 años. San Juan Colorado, Oaxaca)

Publicación semestral
Certificado de licitud de título y contenidos números: 2059 y 1291
Reserva de título número: 37286
Los artículos firmados son responsabilidad exclusiva de los autores

Impresa y hecha en México
Tiro: 500 ejemplares
Talleres gráficos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Av. Tláhuac 3428, Col. Los Reyes Culhuacán, C. P. 09800, Ciudad de México

EXPERIENCIA JUVENIL DE AFROMEXICANAS EN LA COSTA CHICA DE OAXACA: PRÁCTICAS DE AGENCIAMIENTO FRENTE A LA VIOLENCIA SIMBÓLICA

Alejandra A. Ramírez López*

Resumen: En las últimas décadas, los estudios de juventud han explorado diversas herramientas teóricas y metodológicas que ayudan a explicar a los jóvenes como agentes y productores-reproductores de sus realidades sociales. El presente artículo toma como eje la configuración de la experiencia juvenil y tiene el objetivo de explorar cómo se vive la experiencia de ser una joven mujer afromexicana en la Costa Chica oaxaqueña, para comprender los procesos de agenciamiento que hacen posible hacerle frente a las relaciones de desigualdad y la violencia simbólica.
Palabras clave: jóvenes afromexicanas, experiencia, género, agencia, violencia simbólica.

Youth Experience of Afromexican Women in the Costa Chica of Oaxaca: Agency Practices Against Symbolic Violence

Abstract: In recent decades, youth studies have explored various theoretical and methodological tools that help explain young people as agents and producers-reproducers of their social realities. This article aims to explore how the experience of being a young, and Afro-Mexican woman is lived in the Costa Chica Oaxaca, to understand the agency processes that make it possible for these young women to confront relations of inequality and symbolic violence. To achieve this takes as axis the configuration of the youthful experience.
Keywords: Young afro-mexican women, experience, gender, agency, symbolic violence.

INTRODUCCIÓN

El presente texto es resultado de una investigación realizada en la Costa Chica de Oaxaca con mujeres jóvenes que se reconocen a ellas mismas como afrodescendientes. Es importante señalar que este artículo tiene como eje teórico los estudios de juventud y, como eje metodológico, la reconstrucción de la experiencia juvenil a través de la narrativa y la observación participante, pues el enfoque es de corte cualitativo. Para escribir este relato se retoman fragmentos de tres entrevistas, en profundidad, donde las jóvenes narran su experiencia en medio de diversas condiciones de desigualdad, que ellas confrontan desde su capacidad de agencia.

* Departamento de Posgrado en Sociología, BUAP / ENAH. Correo electrónico: alejandra ramlp@gmail.com

Dichas entrevistas fueron levantadas como parte de mi tesis doctoral, en la que me interesaba conocer las distintas formas de ser joven en un municipio de la Costa Chica de Oaxaca. Como parte de esta pesquisa se aplicaron 20 entrevistas a jóvenes (10 varones y 10 mujeres) con distintas condiciones de vida: estudiantes, migrantes y algunos que no estudiaban ni trabajan, para obtener un panorama más amplio acerca de las distintas experiencias juveniles. Sin embargo, en este texto sólo se incluyen tres de ellas, que fueron elegidas debido a las marcadas diferencias que se generan cuando las mujeres tienen acceso, o no, a capitales económicos, sociales y culturales.

La investigación en la que se enmarca el presente artículo fue llevada a cabo en las localidades rurales de Llano Grande y en Santiago Tapextla, municipio que colinda con Guerrero. Las actividades productivas principales en este espacio son la agricultura, ganadería y migración. La cultura compartida regionalmente con las localidades oaxaqueñas aledañas y la Costa Chica de Guerrero hace que las jóvenes entrevistadas mencionaran que no sólo son cercanas a esta zona geográficamente, sino también en "formas de vida". En este espacio se hizo trabajo etnográfico de 2016 a 2018 a través de observación participante y talleres que permitieron, posteriormente, levantar entrevistas a profundidad.

El objetivo del presente artículo radica en explorar cómo se vive la experiencia de ser joven mujer afromexicana en un municipio de la Costa Chica oaxaqueña, pues ello nos permite conocer la configuración de los procesos de agenciamiento que hacen posible hacer frente a las relaciones de poder que experimentan, y a la violencia simbólica que se manifiesta en ellas. Así, esta perspectiva no sólo muestra a las jóvenes en un contexto de múltiples desigualdades, sino también en un contexto de múltiples posibilidades de sobrellevarlas.

JUVENTUD. UNA CATEGORÍA RELACIONAL

La categoría de juventud adquiere potencia en las relaciones que genera con otras categorías y/o condiciones sociales, las cuales permiten dar cuenta de la diversidad existente en las experiencias, expresiones, prácticas y socialidades juveniles. Urteaga y Moreno plantean que "los estudios socioculturales develaron la pluralidad de la experiencia social juvenil. [Pues...] para dar cuenta de la heterogeneidad productiva juvenil era necesario el entrecruce de otras categorías centrales de sus relaciones sociales: raza, género y clase" (Urteaga y Moreno, 2020: 46). Este enfoque ha cobrado importancia en los últimos 20 años, ya que permite hacer análisis sobre la población joven más allá de

> [...] la imagen de un sujeto incapaz de tener agencia en la transformación de su entorno social, imposibilitado para actuar creativamente, y (siendo) un simple receptáculo de aprendizajes, sin saberes y estrategias (Urteaga y Moreno, 2020: 47).

Dicha perspectiva está centrada en encontrar en los cruces relacionales, las posibilidades de agencia juvenil, prestando atención a la creatividad, reflexividad y movilización de capitales.

La categoría de juventud, en este sentido, no sólo se vuelve relacional, sino también contextual. Se explica desde sus propios términos en razón de las dimensiones socio-contextuales que los producen. Rossana Reguillo argumenta que es importante

> [...] de la diversidad de mundos juveniles para comprender las estrategias, condiciones, contextos y formaciones socioculturales en los que los sujetos experimentan y viven su condición de jóvenes (Reguillo, 2013: 139).

Es en el reconocimiento de la diversidad juvenil donde comenzó a tomar importancia la visibilización de entornos que habían sido poco analizados por los estudiosos de la juventud, por ejemplo, los estudios centrados en jóvenes que no habitaban la ciudad.

El análisis de la juventud de los espacios tradicionalmente conocidos como "rurales", ha sido un reto para la antropología y los estudios de juventud en general. Sin embargo, en las últimas décadas el análisis de juventudes rurales, étnicas o neorrurales, como les han llamado algunas investigadoras (Pacheco, 2010; Pérez, 2008; Quiroz, 2013), se ha convertido en un universo en sí mismo, e incluso, en la temática central de algunos investigadores de las juventudes.

En las localidades no urbanas, hasta el siglo pasado, lo común era que las y los niños transitaran apresuradamente a la vida adulta. Uno de los hitos centrales en este proceso era la culminación de la escuela primaria, o secundaria, pues después de ello comenzaban a adquirir responsabilidades-obligaciones en la vida productiva y reproductiva de su grupo doméstico y de su comunidad, que abrían paso al matrimonio a edades tempranas. Esta situación cambió gracias a la extensión de la escolaridad, la influencia de los medios de comunicación, los programas asistencialistas otorgados por el Estado que promueven procesos educativos con financiamiento, así como la migración y el uso de redes sociales, que han ido creando en los espacios rurales nuevas formas de socialidad entre pares, y por lo tanto, nuevas formas de ser joven en estos contextos (Feixa y González, 2006; Medina, Urteaga y Bonilla, 2013; Pacheco y Cayeros, 2013).

El enfoque de los estudios de juventud, pensando en la multiplicidad juvenil, no se limitó a los

jóvenes "rurales", sino que amplió su lente para analizar también a juventudes "étnicas", articulando diferentes categorías a sus análisis, entre ellas, la de género y etnicidad, que por ejemplo, nos ayudan a comprender a las juventudes en sus especificidades. Trabajos etnográficos como los de Pérez Ruiz (2017) y Cruz Salazar (2014) dan cuenta de la manera en que las jóvenes indígenas construyen sus experiencias juveniles de una forma propia y distinta a los varones que pertenecen a su mismo grupo étnico.

Respecto a las poblaciones afromexicanas, las etnografías de Quecha (2011) y Ramírez (2020) muestran las particularidades de las experiencias de ellas frente a las de los varones; para dar algunos ejemplos empíricos observan que se prefiere la migración masculina y la escolarización femenina. Los trabajos antes mencionados hilan finamente la relevancia que juegan la condición de clase social y el género en la conformación de experiencias juveniles, mostrando cómo las jóvenes afromexicanas tienen accesos diferenciados a posibilidades de escolarización y migración, bienes y servicios, de acuerdo a su género, su edad y su condición étnico-racial, lo que nos invita a pensar estas categorías de manera articulada.

La dimensión de género como categoría central para comprender las experiencias juveniles, puede pensarse como

> [...] una estrategia analítica que permite descubrir la relación entre los atributos y las funciones que, social e históricamente, le son asignados a mujeres y varones en los ámbitos de la reproducción sociocultural (Oehmichen, 2015: 24).

De esta manera,

> [...] la categoría de género opera como un principio ordenador que establece jerarquías y actúa sobre las valoraciones, interpretaciones y prácticas de los actores sociales donde se instituyen los atributos de lo que se considera femenino o masculino en cada cultura y contexto (Oehmichen, 2015: 24).

Doris Lamus (2013: 79) considera que,

> [...] en roles y atributos, la perspectiva crítica de género implica hacer evidentes las subordinaciones construidas histórica, social y culturalmente, las cuales son interiorizadas mediante la socialización y asumidas como naturales.

Esta postura nos permite comprender las diversas relaciones de poder en las que se mueven las jóvenes afromexicanas, no sólo frente a los varones, sino en relación con otras mujeres; por ejemplo, las de generaciones mayores o las afromexicanas de clases más altas. Ello da cuenta de los complejos entramados en las relaciones de poder

que no se reducen al binarismo masculino-femenino.

La producción cultural del género no puede pensarse desligada de relaciones y condiciones étnico-raciales, de clase o edad, pues, aunque está inscrita en la diferencia sexual, no se reduce a ella. Opera en distintos ámbitos y dimensiones de la vida social y es precisamente en su carácter relacional que la categoría de género, tanto como la de juventud, han sido de gran utilidad para analizar experiencias y relaciones sociales. Así, el género es uno de los articuladores más importantes de la experiencia, porque en él se inscriben roles, características, valores, representaciones y discursos que se construyen culturalmente y muchas veces relacionadas con la condición étnica y la clase social.

Angela Davis (2005), durante la segunda mitad del siglo XX, puso en evidencia la necesidad de retomar categorías como *género*, "raza" y *clase social* en conjunto para lograr comprender las experiencias por las que pasan las mujeres negras, pensando tanto en las particularidades como en las diferencias que existen entre ellas. La categoría de *mujer negra*, desde su propuesta, constituyó una apuesta para pensar en las distintas posibilidades de ser una hembra y los múltiples niveles de opresión en sus experiencias de vida, respecto a otras.

Philomena Essed (2001) realizó una investigación sobre experiencias de racismo cotidiano entre mujeres negras, y desarrolló un método de análisis que centró su atención en los modos en los que ellas están expuestas al racismo, así como en los instrumentos de encubrimiento y la carga emocional de dichas experiencias. En su trabajo da cuenta del racismo de género que excluye y las confronta con múltiples desigualdades. Pyke (2001: 117) pone sobre la mesa el término *opresión internalizada* para hacer referencia a la internalización de los estereotipos negativos que se crean alrededor de las poblaciones racializadas.

Dicho concepto es retomado por Moreno y López Chávez (2022), quienes refieren el "racismo internalizado" donde se asumen procesos de inferioridad y superioridad. Para ellas hay tres lógicas "que demuestran las formas de operación del racismo internalizado: lógicas de inmovilización, de desarticulación y de distracción" (Moreno y López Chávez, 2022: 83). Desde estas dinámicas intentan explicar cómo las mujeres racializadas internalizan el racismo, generando un eje de interpretación complejo sobre el auto-racismo que vivencian algunas afromexicanas y pertenecientes a pueblos originarios de la Costa Chica.

Estos enfoques nos invitan a pensar en las distintas significaciones de "ser mujer afromexicana" en un contexto costachiquense. La experiencia de las jóvenes se encuentra atravesada por el contenido que el género, la clase social, la condición étnica y el espacio que habitan, por mencionar algunos factores, en-

carna en su cuerpo. En este sentido estamos hablando de un cuerpo y una experiencia cargada de valores, discursos, representaciones y significados que constituyen formas particulares de ser una joven mujer afromexicana.

Dichas personas, en esta región, se autodefinen a través de sus prácticas, las formas en las que ocupan el espacio social y en las que se relacionan con sus pares y sus mayores. Urteaga y Ramírez (2020) apuntan, al respecto, que el cuerpo joven afromexicano tiene un papel relevante en la Costa Chica en las fiestas, en la escuela y en los espacios considerados juveniles, al mismo tiempo que se construyen, alrededor del mismo, prácticas de racialización, invisibilización, discriminación e incluso criminalización, tanto dentro como fuera de la región. Por ello, es en este entramado de relaciones, prácticas y socialización que se construyen las experiencias de las jóvenes denominadas por ellas mismas como *afromexicanas*. Algunas de estas experiencias están marcadas por múltiples desigualdades naturalizadas mediante la operación de la violencia simbólica.

ALGUNAS ANOTACIONES SOBRE LA VIOLENCIA SIMBÓLICA...

Uno de los aportes más importantes de la sociología bourdieana fue la discusión sobre la violencia simbólica, en donde ésta se ejerce en un nivel simbólico que permea varios aspectos de la vida de los sujetos.

> Las diferentes clases y fracciones de clase están comprometidas en una lucha propiamente simbólica para imponer la definición del mundo social más conforme a sus intereses, el campo de las tomas de posición ideológicas que reproduce, bajo una forma transfigurada, el campo de las posiciones sociales [...] La clase dominante es el lugar de las luchas por la jerarquía de los principios de jerarquización: las fracciones dominantes, cuyo poder descansa sobre el poder económico, apuntan a imponer la legitimidad de su dominación (Bourdieu, 2000: 3).

Para Bourdieu, este tipo de violencia puede desarrollarse en la escuela y en las relaciones de género, por mencionar algunos campos en los que centró su análisis (Bourdieu y Wacquant, 2001). Desde su perspectiva, el poder simbólico manifiesta su fuerza a través de relaciones de dominación que suelen parecer de orden "natural". Por otro lado, Moreno afirma que

> [...] el poder simbólico es un juego de verdad y no verdad, la mentira sólo aparece como reflejo, pues lo falso no es, exactamente, la no-verdad. Lo falso está dentro del circuito de la verdad, es decir, la falsedad es con respecto a la verdad (Moreno, 2006: 7).

De esta manera, prosigue Moreno, "la no verdad, simplemente,

está excluida, exiliada en otro mundo simbólico, mundos simbólicos 'alternativos' que pueden o no alinearse al poder simbólico" (Moreno, 2006). La violencia simbólica entra dentro de este juego de poder que tiene como finalidad sostener el orden social bajo relaciones de dominación que pueden ser o no sutiles, pero que se encuentran en su mayoría "normalizadas".

En el análisis que hace de la sociología de Bourdieu, Peña Collazos sostiene que "la violencia simbólica es una acción que se ejerce sobre los individuos con su propia complicidad" (Peña, 2009: 68), lo cual significa que es una forma de violencia social que puede llevarse a cabo con la colaboración de las personas sometidas. Esto no implica que no exista resistencia. En este sentido, Bourdieu y Wacquant (2001: 128-129) apuntan que dichas personas pueden reproducir-aceptar la relación de dominación y/o activar la resistencia, como respuesta. Es por ello, sostiene Peña Collazos, que "es a través de la invención simbólica que se puede contrarrestar la violencia simbólica" (Peña, 2009: 74). La agencia, como capacidad creadora, aparece como posibilidad de erradicar este tipo de violencia y es por ello que, en este texto, son tan importantes las relaciones de desigualdad que viven las jóvenes, como los mecanismos y prácticas a través de las que contrarrestan dichas relaciones.

Las mujeres, sostiene Bourdieu (2012: 3), viven en una "dominación simbólica" que las lleva a incorporar estructuras de la propia dominación que las afecta. Dicho de otra forma, la importancia de la violencia simbólica radica en la fuerza que adquiere cuando se asumen ciertas estructuras sociales de dominación como "normales" y se establecen normas, valores y representaciones que las refuerzan, y hacen que las personas que se encuentran sometidas por esta violencia la naturalicen, e incluso, la reproduzcan. La capacidad de agencia de los sujetos, en este caso, es fundamental para crear prácticas y estrategias que cuestionan dichas estructuras y que pueden transformar y llegar a erradicar las violencias simbólicas.

Las jóvenes afromexicanas viven la violencia simbólica a través de las imposiciones de género que marcan sus experiencias de vida de manera contextual en la Costa Chica, donde símbolos y roles se conjuntan para dar sentido a "lo femenino" desde la maternidad y los cuidados. La "naturalización" de dichos roles marca muchas veces las experiencias y aspiraciones femeninas, sin embargo, como se explora a continuación, estas mujeres jóvenes son creadoras de formas de resistir, cuestionar e incluso transformar las diferentes dominaciones que las aquejan y les permiten sobrellevar los efectos de la violencia simbólica. Para conocer estas prácticas y estrategias de resistencia, es importante definir las distintas relaciones de opresión a las que se

enfrentan y la forma en que éstas marcan su experiencia juvenil y capacidad de agencia, de forma heterogénea.

EXPERIENCIA JUVENIL. DISTINTAS MANERAS DE SER JOVEN AFROMEXICANA

La experiencia juvenil puede ser entendida como una forma particular de ser y estar en el mundo, donde la vivencia misma forma parte de la estructura cognitiva y emocional. La subjetividad, como una de las características principales de la experiencia juvenil, posee una dimensión colectiva que no sólo se expresa en las relaciones entre pares, sino también en las que surgen con otras generaciones. En este sentido, las personas jóvenes, como agentes sociales, tienen la capacidad de reproducir, pero también de producir cultura a través de la experiencia. Son protagonistas y no sujetos pasivos frente al contexto que los rodea.

Dicha experiencia se construye de manera relacional con condiciones de vida que dan pauta, contexto y median su configuración, tales como género, clase o etnicidad; lo que genera una multiplicidad de formas de ser, por ejemplo, afromexicana en la Costa Chica de Oaxaca. Esta heterogeneidad de experiencia juvenil muestra cómo dentro de una misma categoría pueden existir desigualdades u oportunidades diversas que marcan formas particulares de ser joven. De modo que la experiencia puede incluir tanto cómo excluir cuando aparecen diferencias, pero sobre todo, las desigualdades que se derivan de las distintas posibilidades con las que cuentan las personas jóvenes.

En este caso, la experiencia se analizará a través de las narrativas de las jóvenes afromexicanas quienes participaron en las entrevistas que componen este trabajo, con la finalidad de conocer las relaciones de desigualdad y las prácticas de agenciamiento a través de las que sortean dichas relaciones. Cuando las entrevistas fueron levantadas, surgía la duda de conocer las particularidades de ser joven mujer afromexicana, sin embargo, conforme la investigación que sustenta el presente artículo avanzaba, resultaba cada vez más claro que la experiencia juvenil era sumamente heterogénea y que aunque varias jóvenes compartían cultura y vivencias, también se diferenciaban entre ellas según los capitales de los que podían hacer uso para configurar su experiencia.

Dichas entrevistas fueron recabadas sobre todo en los espacios domésticos, pues como se podrá apreciar más adelante, no todas las jóvenes entrevistadas estudiaban. La idea de estas conversaciones era conocer cómo había sido su infancia, su familia y cómo vivían en ese momento, para conocer la forma en la que el género definía algunos de los roles de ser mujer joven. En las narraciones destacaba el hecho de que existían múltiples relaciones

de opresión que ellas sorteaban a través de distintas estrategias. Para encontrarlas se analizaron las entrevistas desde cuatro preguntas centrales:

1) ¿A qué relaciones de desigualdad se confrontan en su grupo doméstico y su comunidad?
2) ¿Naturalizan-reproducen o cuestionan-transgreden estas relaciones de opresión?
3) ¿Qué recursos-capitales son centrales en su propia concepción de estar siendo jóvenes?
4) ¿Qué mecanismos utilizan para transformar las relaciones de dominación que las interpelan?

Estos cuestionamientos nos permiten reconstruir la experiencia juvenil, dejando visible la violencia simbólica y dando paso a encontrar estrategias que permiten sortear las relaciones de desigualdad que se encubren bajo dicha violencia. A continuación revisamos tres narrativas[1] tomando como eje las preguntas anteriores.

1) Carla: la importancia de los recursos propios. Cuando se hizo la entrevista Carla tenía 17 años y recién había vuelto de una incursión por Jalisco, pues "se había huido" con su pareja. La relación no funcionó, según su narrativa por dos razones: "no se había entendido con el muchacho y no se había adaptado a la vida de allá". "Ni un año aguanté" señaló entre risas. El matrimonio a edades tempranas es común en la región, e incluso, esperado. Los padres no tienden a molestarse porque sus hijas se muden con sus parejas, siempre y cuando los jóvenes varones cumplan con las expectativas de su familia.

Cuando Carla regresó de su incursión migratoria sus padres la obligaron a inscribirse (nuevamente) en el bachillerato, a lo que ella se resistió, hasta que su padre acordó que a cambio le pondría un negocio en el pueblo para que contara con dinero propio e independencia financiera, por lo que su experiencia juvenil es particular ya que vive en una situación económica privilegiada en relación con otras jóvenes que subsisten en condiciones de pobreza.

Carla narró que antes de que ella naciera sus padres se casaron y se asentaron en una pequeña comunidad donde su madre había heredado un pedazo de terreno. Su abuela, aún viva, quedó viuda y repartió el terreno de su difunto marido entre sus hijas, pues no concibió ningún varón. Incluso decidió heredar un pedazo de terreno a su sobrino, "porque sus chamacas no necesitaban tanta tierra", pues se acostumbra que las mujeres vayan a vivir al solar de su pareja. La trayectoria de sus hijas fue diferente: dos de ellas fueron madres solteras y criaron a sus hijos en el solar materno, bajo los cuidados de la abuela. La mamá de Carla, sin embargo, "sí se casó bien, pero mejor se quedó en el pueblo porque las tierras

[1] Los nombres de las jóvenes y sus familiares han sido modificados.

de su marido estaban largo (lejos)" y se quedaron para la crianza del ganado, por lo que decidió hacerse una pequeña casa en el terreno que le fue heredado.

Luisa, la madre de Carla, fue la última de tres hermanas, y siempre tuvo el deseo de procrear hijos, empero, "le costó mucho trabajo tener chamacos y nomás tuvo una y sus otras hermanas un montón". Ella fue la única de las hijas de su mamá "en casarse bien, por todas leyes, con un ganadero y sin estar embarazada", por lo que su madre anhelaba que le diera muchos nietos, "porque ésos sí iban a heredar la tierra de su papá". Dos factores fueron relevantes en la plena aceptación de su matrimonio: *1)* que había logrado casarse con un hombre con mayores recursos, lo que la posicionó en un estatus superior al que tenía en su vida de soltera; *2)* "ser virgen" al momento del matrimonio generó buenas expectativas en la familia de su marido, quienes la llenaron de regalos después de "la huida". "En esos tiempos" narró Carla, "sí era importante no estar dañada". La virginidad representaba pureza, generando una regulación del cuerpo femenino que se mantiene hoy día, aunque en la actualidad las jóvenes han comenzado a establecer acuerdos de pareja que le restan importancia.

"Mi mamá era una buena mujer" señala Carla haciendo referencia a ser honorable, hacendosa y respetuosa. "Pero intentaron mucho tener chamacos porque yo salí niña y luego ya nada". La falta de éxito en la tarea reproductiva, sobre todo para gestar un varón como su marido deseaba, hizo que Luisa se sintiera por mucho tiempo, incompleta. "A mí luego me da miedo 'estar mala' como mi mamá, porque yo mucho tiempo estuve sin cuidarme y no me embaracé, no quería en ese momento, pero a la mejor más adelante". Uno de los miedos de Carla es no poder tener hijos, pues a pesar de no usar métodos anticonceptivos no se embarazó mientras estuvo viviendo en pareja. Para ella, la reproducción es un plan a largo plazo, sin embargo, al ser tan importante como símbolo de la feminidad en la región, le atemoriza no lograr ser madre.

La maternidad en la Costa Chica es un elemento importante en las concepciones de feminidad, pues ser madre es sinónimo de cuidados y una representación de "buena mujer", en contraposición a los prejuicios de sensualidad y sexualidad con los que han sido estereotipadas las mujeres afro (Santillán, 2006: 54). Cristina Díaz (2003) planteaba en su trabajo etnográfico, realizado en la Costa Chica, que "la querida" es una amante institucionalizada, que los hombres pueden tener —a pesar de la molestia de su esposa— siempre y cuando posean recursos para mantenerla. En ese sentido, "la querida" simboliza lo contrario a la esposa, pues remite a la sensualidad, la sexualidad y el peligro. Sin embargo, durante el trabajo de campo pude constatar que "ser la

querida" se he resignificado entre las jóvenes, quienes asumen que es mejor que ser la esposa, porque los varones les tienen las mismas consideraciones, sin que ellas tengan responsabilidades respecto a sus cuidados.

A pesar de que la maternidad es un ideal en la región, gran número de jóvenes han ido aplazando este proceso, pues consideran que la juventud es una etapa cuando las mujeres que estudian obtienen muchos beneficios, que con hijos ya no son posibles, por ejemplo, permisos para salir o libertad para gastar su dinero en bailes, diversión o ropa. La escolarización, el empleo y la migración son también aspectos que han retardado la maternidad: "ya muchas muchachas no están pensando nomás en tener hijos, hay más cosas que una puede hacer", sostiene Carla, para quien la escuela y el empleo son factores importantes en su costumbre juvenil. El nivel económico de su padre ha definido gran parte de dicha experiencia, pues cuentan con recursos económicos y sociales para que ella defina qué quiere o le gustaría hacer con su vida.

> Cuando era niña me gustaba golpear (hacer tortillas), me acuerdo que era chamaquita y le decía a mi *mama* que me dejara golpear y ella no quería porque yo soy única y sentía que ella tenía que hacerlo para que yo hiciera tarea [...] la verdad es que la escuela nunca me gustó [...] Ah, como es aburrido (silencio), a mí siempre me gustó andar culeca (alegre), así somos las costeñas, pura risotada [...] cuando me hui también fue por eso [silencio] porque una se aburre de siempre lo mismo y ese muchacho que me cortejaba ya se iba, me mandaba recados por el *whats* para que lo alcanzara, me daba miedo que mis papás se enojaran de que no iba a acabar la escuela [...] En una fiesta me hui, ya había puesto una ropa aparte para cuando lo planeara [...] No me gustó, mis suegros eran buenas personas, pero como que no me entendí con él y la ciudad, no, tampoco [...] cuando te huyes ya eres como la mujer y la suegra espera que tú seas la que se hace todo para su hijo, a veces hasta para su marido y sus otros hijos [...] En mi casa no es así, porque es mi mamá que hace muchas cosas y somos nada más nosotros tres [...] Me regresé y ni modo [...] ¿Qué si quiero irme otra vez? Sí, pero de vacaciones. Así de vivir me gustaría más irme al norte. Pero no creo que mis papás me quieran ayudar para irme. Sólo tengo una prima allá y mi tía la dejó ir porque ya tenía su chamaquito y lo tiene que mantener [...] A mí, no sé [...] volverme a juntar tampoco sé, sí quiero, y tener chamaquitos, pero ahorita no. Tampoco quiero estudiar. Seguir trabajando sí, para comprarme mi ropa, ir a los bailes y estar en el *Facebook*. Porque cuando trabajo puedo estar viendo fotos y platicando [...] Luego está bien porque llegan mis

> amigas y mis amigos y nunca estoy sola (Carla, 17 años).

Carla interiorizó las expectativas familiares y comunitarias sobre la maternidad, aunque se resistía a cumplir con el mandato de forma inmediata. Los cuidados y las tareas del hogar muchas veces los realizó su madre por ella cuando era estudiante, sin embargo, tuvo que aprenderlos, pues en la región las mujeres deben "cubrirlos" también en casa de su familia política cuando contraen matrimonio o "se juntan". Encontramos, en este caso, una sobrecarga en las tareas domésticas que sólo son hechas por las mujeres. Los recursos económicos pueden hacer estas cargas de trabajo no remunerado "más ligeras", empero, si la joven no puede cumplir con estas labores, siempre es otra mujer de su familia la que se encarga de ellas.

Los recursos económicos de su familia marcan buena parte de las posibilidades que Carla tiene para socializar, salir a fiestas o bailes, comprar ropa y usar redes sociales en dispositivos electrónicos. Para ella "ser una mujer joven" está relacionado con diversión, ocio y tiempo libre. Elementos que la escuela le han facilitado, pues es un espacio de convivencia entre pares que fomenta la socialidad, en tanto existen actividades extracurriculares que le permiten convivir con sus compañeros-compañeras fuera de la escuela.

En su narrativa, "la huida" o escape con su pareja forma parte de la "aventura juvenil", por lo tanto, al darse cuenta de que "vivir con alguien" implicaba labores de cuidado y aseo para su pareja, su suegra y el resto de su familia política, Carla decidió regresar al hogar paterno, lo cual implicó una negociación bajo la que sus padres acordaron darle un negocio para que tuviera libertad financiera, a cambio de que terminara el bachillerato. De esta manera, tanto el empleo como la escolaridad son estrategias que le han permitido escapar de las responsabilidades adultas y prolongar su experiencia juvenil.

Ella estaba consciente de su posición en el espacio social frente a otras mujeres:

> [...] no es que la tuve fácil, pero desde niña siempre me dieron todas las cosas que yo quería [...] que esta ropa, que ese juguete, que teléfono [...] y a muchas muchachas no les caía porque decían que estaba consentida y les daba muina [coraje].

Para el momento de la entrevista Carla estaba segura que no quería casarse o juntarse, pero tampoco quería estudiar, sino que deseaba "seguir trabajando para ganar mi propio dinero y viajar". Asimismo, reflexionaba sobre lo importante que era el apoyo de sus papás, quienes le pusieron un negocio que le permitía obtener recursos económicos, mantenerse conectada

a internet y convivir con sus amigas y amigos, y así mantener un estilo de vida "juvenil". En este testimonio, las ideas de lo relacionado con "ser joven" se unen con lo que se espera de las mujeres en la región, visto desde el privilegio de poseer suficientes capitales económicos, aún en un entorno rural donde la mayoría de las personas viven en situación de rezago social y pobreza (Secretaría de Bienestar, 2020).

2) Luna: cuando los recursos no son suficientes. Luna es una joven que para el momento de la entrevista contaba con 19 años. Vivía en una casa de adobe con sus padres y tres hermanitos. Su papá era "muchos años mayor que su mamá, porque se la robó del pozo cuando era chamaca". En el pueblo otras personas relatan que en realidad la abuela de Luna recibió dinero de un señor que había quedado viudo a cambio de su hija, pues él necesitaba de una mujer se hiciera cargo del cuidado de sus hijos huérfanos. El papá de Luna trabajaba en el campo sembrando con ayuda de sus hermanitos varones, quienes hacían el trabajo más arduo, pues él ya era un adulto mayor. Luna es la menor de tres medios hermanos que ya no viven en la localidad y la mayor de otros tres que estudian la primaria y telesecundaria, todos varones, por lo que ella y su madre se hacen cargo de las tareas domésticas.

Para los padres de Luna, la manutención de su familia era complicada pues vivían principalmente de la venta del excedente de la cosecha de sus tierras, así como de la venta de tamales de iguanas que sus hermanos cazaban y su mamá preparaba. La elaboración de los alimentos y su venta corrían a cargo de las mujeres e implicaban una carga de trabajo extra para ella y su madre, sin embargo no podían dejar de hacerlo, pues cada entrada económica era fundamental para su grupo doméstico. Como consecuencia de la situación económica familiar, Luna sólo estudió la primaria. Al no ir a la escuela pasaba la mayor parte del tiempo en su casa realizando labores domésticas, pues su padre generaba presión para que ella se mantuviera el mayor tiempo posible dentro del hogar.

Luna estaba soltera, más que por decisión propia, por la falta de espacios para convivir con varones que no pertenecieran a su familia. Tenía poco acceso a lugares de ocio para conocer un muchacho y no contaba con aparatos electrónicos que le permitieran conectarse a internet, ni recursos o tiempo libre para asistir a un café-internet, lo que hubiera contribuido a generar redes con sus pares. Desde su experiencia, "ser mujer" era sinónimo de "trabajo".

> [Largo silencio] Este, pues cuando ya no pude ir [a la escuela] me quedé aquí a ayudar con mis hermanitos [...] De andar en la calle, sólo cuando tengo que hacer mandados o que se casa una prima, pero bailes y eso, no mucho, porque no hay dinero y casi no me de-

> jan salir. Dice mi *mama* que luego cuando las muchachas son muy callejeras les da más por andar de arrechas, como a mi prima que la dañaron y luego ya ni se huyó, por eso no quiere que me pase así [...] En la casa hay mucho oficio, desde temprano, nos levantamos a las 6 y no paramos [...] hay que tallar ropa, los trastes, hacer desayuno, hacer almuerzo y llevarlo a los chamaquitos, luego la comida [...] todo el día golpeando [haciendo tortillas]. Y cuidando a los chamaquitos [...] mucho oficio, pero está bien, porque así cuando yo tenga mis chamaquitos voy a saber todo el oficio. Los muchachos dicen que no les importa que no sepas hacer las cosas, pero cuando te huyes ¡ah bárbaros! Las suegras siempre salen con que no tienes traza [que no eres disciplinada] y te ponen a hacer oficio para que no agarres calle y estés ocupada; siempre te andan cuidando, dicen que por tu bien [...] No he pensado mucho en irme ni en qué quiero; siento que acá o allá, es lo mismo; siempre hacer oficio para que no te digan que eres choca [sucia] o que no cuidas de tu marido (Luna, 19 años).

Para Luna, la dimensión subjetiva de "ser mujer joven" se relaciona con "estar siempre trabajando". Las tareas, a las que en la región les dan el nombre de "oficio", implican cuidados para todos los hombres de la familia e incluso para las mujeres mayores, que son quienes imponen las labores del día. Limpiar, cocinar (en el fogón) y lavar (a mano) requieren de cierta especialización que algunas van adquiriendo desde la infancia. "Golpear", es decir, hacer tortillas, por ejemplo, es una labor relevante entre las niñas, porque significa que están listas para obligaciones mayores que sólo llevar el maíz al molino, tarea "de niñas pequeñas".

Algunas "chamaquitas", incluso, presionan a sus madres para que les enseñen a "golpear", sin embargo, esta emoción se desvanece con el paso del tiempo, cuando esta tarea comienza a convertirse en una obligación y deja de considerarse una actividad lúdica. En la región, una de las primeras tareas de las "pequeñas" es ayudar a desgranar el maíz y llevarlo al molino. Ya que la masa está lista, las niñas "más grandes", las jóvenes o las adultas, encienden el fogón y hacen las tortillas. Esta tarea, básica para la alimentación del grupo doméstico, puede llegar a implicar trabajo de varias mujeres de la familia, pues la división del trabajo femenino en el hogar designa diversas labores para las mujeres de acuerdo a su edad.

"Hacer mucho oficio" es común entre las jóvenes que abandonan la escuela en la región. Mientras se encuentran escolarizándose, las horas que invierten en el aula y las tareas escolares implican a otras mujeres de su familia, pues alguien debe efectuar las labores de las que ellas se ven exentas. Es por esta razón que al terminar o abandonar los estudios, las jóvenes invier-

ten un mayor número de horas en las tareas domésticas, como consecuencia de los roles que les atribuyen la "necesidad" de mantenerse siendo productivas.

Nuevamente, la idea de la virginidad es relevante en este testimonio, pues la mamá de Luna considera que "no estar dañada" le otorga un plus importante para el matrimonio, que de llevarse a cabo con un varón de mayores recursos, sería oportuno para toda su familia. Para normar los cuerpos juveniles, algunas adultas sugieren a las jóvenes que: "los hombres no quieren mujeres dañadas", o que "los hombres después de dañarte, ya no van a quererte". "El daño", en este sentido, es irreversible, por lo que para impedirlo se realiza un "ejercicio de autovigilancia de los cuerpos sexualizados de las mujeres" (De Lauretis, 1989: 15).

Es importante apuntar que las ideas de las mayores sobre la virginidad no son, necesariamente, las de las jóvenes, quienes negocian con sus parejas los aspectos referentes a la sexualidad. En el caso de Luna, ella sostiene que, a los varones de su generación, no les interesa tanto la virginidad, sino los cuidados que una mujer pueda darles, puesto que "buscan alguien que los atienda". Es justo por esta razón que, a pesar de las cargas de trabajo doméstico, ella considera esta experiencia positiva porque está aprendiendo a realizar el "oficio" necesario para cuando llegue el momento de atender a su propia familia.

Las jóvenes en esta región se socializan entre mujeres de distintas generaciones con las que se establecen relaciones de poder, donde las adultas se imponen a las jóvenes a través del cuidado de sus cuerpos y la asignación de labores domésticas. En principio, las madres —generalmente— mantienen constante vigilancia sobre sus hijas solteras, y cuando éstas se casan, son las suegras las que se dan a la tarea de mantenerlas ocupadas en las labores domésticas, para evitar el ocio "y que no den de que hablar al pueblo". Por otro lado, las jóvenes pueden estar a cargo del cuidado de niñas a las que asignan tareas. Así que ya sea pequeñas, o "muchachas" solteras o casadas, las jóvenes se encuentran en una relación desigual frente a las mujeres de mayor edad. Ésta es la razón por la que, para Luna, significa lo mismo permanecer en su casa o casarse; desde su experiencia asume que en ambas situaciones vivirá limpiando la casa y haciendo comida.

En este ejemplo puede apreciarse que en los sistemas jerárquicos pueden coincidir varias dominaciones. "La subordinación femenina y la sujeción de género no son sino una de las tantas formas de dominación posible en la sociedad" (Lamus, 2013: 79-80). En el caso de Luna, su condición de clase, con capitales limitados, le deja pocas oportunidades de aspirar a

posibilidades de estudio o migración, por lo que considera que está destinada al matrimonio. Los recursos sociales y económicos, pueden generar distintas experiencias juveniles en la Costa Chica oaxaqueña, marcadas ampliamente por la posibilidad "de hacer" y "ser joven" desde distintas prácticas que se asocian como proponen Urteaga y Ramírez (2020), con las fiestas, bailes, redes sociales, pasar tiempo con amigos y consumir artículos como ropa o comprar tenis. Por ello, entre más limitados sean los capitales de una joven, menos posibilidades tiene de acceder al ocio y el tiempo libre que dan la posibilidad de crear experiencia juvenil. Esto no significa que las muchachas con pocos recursos no construyan una experiencia del "ser joven", sino que nos obliga a pensar en las distintas formas en las que una persona puede construir su experiencia juvenil, visibilizando la heterogeneidad e incluso la desigualdad que existe entre ellas, aún en una misma localidad.

Para Luna, "estar siendo joven" no está asociado con diversión o tiempo libre, pues ocupa la mayor parte de su día en la atención y cuidados de su familia, formada principalmente por varones, lo que significa trabajo para ella y su madre. Cuando va a bailes o fiestas (familiares) lo hace acompañada de su parentela. Comprar ropa, maquillaje, usar dispositivos electrónicos y formar parte de eventos escolares no son actividades que estén disponibles para ella, pues no asiste a la escuela y carece de recursos económicos que le permitan insertarse en actividades lúdicas de consumo. Como lo muestra su caso, la clase social puede modificar las oportunidades de las mujeres en un mismo grupo social y colocarlas en relaciones de desigualdad más intensas respecto a sus congéneres del mismo grupo de edad.

3) Laura: sobre las jóvenes que estudian. Las muchachas que se escolarizan tienen mayores posibilidades para habitar el espacio público. Las actividades escolares y extracurriculares generan momentos de convivencia no sólo dentro, sino también afuera de la escuela. Muchas familias prefieren utilizar los recursos económicos que poseen, incluidas las remesas que reciben para enviar a sus hijas a la escuela, pues prefieren que estudien a que migren. La educación se convierte en una empresa familiar que requiere del apoyo de toda la familia, como en el caso de Laura, una joven de 24 años que estudió administración de empresas en una ciudad cercana a su pueblo natal. Sus padres trabajaron una década en Estados Unidos para ahorrar dinero y "poder hacer una vida sin tantas carencias" en México. Ellos impulsaron a su hija a que estudiara porque en palabras de Laura, "las personas en California ya empezaban a considerar importante la educación".

Ella creció con sus abuelos maternos, un par de reconocidos

panaderos en su localidad. Junto a Laura vivían dos primas, cuyos padres también eran migrantes en Estados Unidos. Las tres niñas fueron criadas por los abuelos hasta que salieron de la comunidad a estudiar la universidad gracias a las remesas que sus padres enviaban. Para Laura y sus primas tener padres emigrados generó una situación económica estable, pues había un ingreso de dinero recurrente en su familia, situación que hizo posible la escolarización.

> Creo que ser de esa generación del bachillerato donde muchos tenían la ambición de estudiar me ayudó para pensar que yo también quería [estudiar] [...] de las compañeras que eran del grupito, unas se huyeron. Fue triste, porque sí acabaron, pero no pudieron seguir en la escuela porque no había dinero; sus papás ya no las podían apoyar y tuvieron que casarse y tener sus chamaquitos [...] [al pueblo] regresó, pero nomás para la fiesta, ya así de vivir no, de ayudar sí [...] Es que una se acostumbra a vivir en la ciudad y ya no es lo mismo. Allá [en el pueblo] no puedes crecer profesionalmente, la misma gente no te deja, así es la raza negra, no le gusta ver triunfar a los demás, menos a las mujeres, a veces hasta las mismas abuelitas te dicen que las mujeres son para estar en la casa [...] mi suerte eran mis papás en el norte, ya más educados y con otras ideas, porque la gente del pueblo se queda con sus ideas de viejitos ignorantes de que no fueron a la escuela (Laura, 24 años).

Laura reconocía que tener padres migrantes fue un privilegio que le benefició en dos sentidos: *1)* le permitió retrasar el matriminio y/o el embarazo gracias a que tenía expectativas a futuro y recursos para llevarlas a cabo y *2)* las ideas que su familia adquirió en Estados Unidos ponderaron su educación y siempre hubo recursos económicos y sociales para sus cuidados y escolarización. Los capitales familares le permitieron construir una práctica femenina distinta a la de algunas de sus compañeras de clase, pues la idea del matrimonio había quedado fuera de su radar. Sin embargo, consideraba "triste" que sus compañeras de generación en el bachillerato no hubieran contado con los recursos suficientes para estudiar, pues sabía que el hecho de no escolarizarse deja a las jóvenes pocas posibilidades para construir un futuro en la comunidad donde se creció, siendo una de las más comunes optar por el matrimonio y la maternidad.

El matrimonio y la maternidad dejan de ser destino cuando las jóvenes adquieren diversas posibilidades de vida. Sin embargo, a veces despegarse de algunas prácticas "naturalizadas" hace que ciertas jóvenes se sientan "fuera de lugar", y es, quizás, una de las razones por las que Laura regresaría a su comunidad a "ayudar" más no a vivir. En su narrativa, la palabra "ayudar" hace referencia no sólo al recurso

económico que puede brindarle a sus abuelos, sino a la fuerza "de su historia de éxito escolar para inspirar a otras mujeres de su familia".

En el relato de Laura, la dimensión subjetiva se encuentra en un entramado donde se unen la condición étnica, de género y clase social, cuando apunta que no volvería a su comunidad porque "en el pueblo a la gente no le gusta ver triunfar a los demás y menos a las mujeres, porque así es la raza negra". Para ella, una característica negativa de su comunidad es que los logros de las mujeres no se celebren, menos si son afrodescendientes. Aquí se pone de manifiesto un ejercicio de lo que Moreno y López Chávez (2022) denominan como *racismo internalizado,* que se suma a las desigualdades de género, clase y edad que han aparecido en los testimonios anteriores. Desde la perspectiva de Laura, el triunfo femenino está asociado con la posibilidad de terminar una carrera universitaria, lo que puede llegar a significar conseguir un empleo y una remuneración que la libere de la manutención de su familia. De acuerdo a su narrativa, para algunas mujeres mayores, por ejemplo, las abuelas, no es correcto que las jóvenes vivan solas, permanezcan solteras y pasen mucho tiempo fuera de la casa y la comunidad, no viendo bien que migren, ni siquiera para estudiar.

Para las jóvenes que han logrado escolarizarse, la asociación entre el rol de la mujer como equivalente de cuidadora del hogar, es una idea que ha dejado de operar debido a que su experiencia universitaria modifica la perspectiva de lo que significa ser una mujer joven, asociándola al estudio, éxito profesional y empleo. Por ello, es común que en la región sean las jóvenes profesionistas o las estudiantes quienes, al adquirir estatus, se hacen acreedoras de la confianza para coordinar eventos familiares o comunitarios, administrar dinero, remesas, préstamos, gestionar la comunicación con los familiares migrantes, e incluso, revisar contratos o cuestiones legales, aun cuando sus profesiones no estén relacionadas a estas labores. De esta manera, las jóvenes universitarias logran resarcir algunas de las relaciones de desigualdad que se han "naturalizado" o hecho comunes, mediante ejercicios de violencia simbólica que se imponen a través de roles de género.

SALIDAS POSIBLES FRENTE A LAS RELACIONES DE DESIGUALDAD

Buena parte de las experiencias juveniles se conforman a través de las auto-representaciones de las jóvenes desde lo que consideran femenino, en las cuales se articulan símbolos, roles y relaciones de poder. La propuesta de Scott, donde "el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales [...] (y) los cambios en esta organización corresponden a los cambios en las representaciones de

poder" (Scott, 2006: 289), se centra en analizar las relaciones de género desde cuatro aspectos centrales: las representaciones simbólicas; los conceptos normativos; las nociones políticas, instituciones y organización social; y la identidad subjetiva (Scott, 2006: 289-291). Los símbolos, entre las jóvenes entrevistadas, imponen una serie de normas que regulan sus cuerpos y comportamientos a través de un deber ser, que se fortalece mediante una serie de roles impuestos para garantizar el cumplimiento del precepto como base de la organización social. Así, el cuidado del hogar, el matrimonio y la maternidad se vuelven puntos centrales en la construcción de la feminidad, que para las jóvenes con menos recursos se convierte en destino. Mientras que aquéllas con mayores recursos sociales y económicos pueden optar por estudiar una carrera, migrar o emplearse para retrasar el matrimonio.

En la Costa Chica, dentro del grupo doméstico, las mujeres tienen tareas específicas que cumplir relacionadas generalmente con los cuidados, limpieza y alimentación. En ocasiones, estas labores involucran tareas que se extienden a lo largo del día y que pueden implicar largas jornadas de trabajo. "Atender" a los varones de su familia, padres, hermanos, etc., es una de las labores que aprenden en la infancia y que se reproduce hasta su matrimonio, donde no sólo atienden a sus maridos, sino muchas veces, también, a su familia política. Así, este modelo familiar designa "lugares jerárquicamente diferenciados a hombres y mujeres" (Lamus, 2013: 79), donde las jóvenes quedan en una posición doble de desigualdad y sometimiento. Por un lado, tienen que encargarse del cuidado entero del hogar y los miembros del mismo, y por el otro, están sujetas a mujeres mayores que les imponen tareas y roles; y que ejercen vigilancia en sus cuerpos y comportamientos.

Es mediante la violencia simbólica, inserta en las relaciones de poder, que los roles femeninos impuestos sobre las jóvenes afromexicanas de la Costa Chica, legitiman la desigualdad. No obstante, ellas encuentran salidas que les permiten burlar, negociar, trastocar e incluso transgredir las relaciones de género y edad: la educación, migración, empleo y redes sociales son algunos de los elementos que han transformado sus experiencias, otorgándoles opciones más allá del matrimonio y la maternidad. La clase social juega un papel central en la posibilidad de tener una experiencia juvenil en la que la agencia se haga valer. Ello no significa que las jóvenes con menos recursos económicos y sociales no tengan capacidad de agencia, pero sí que puede llevarles mayor tiempo construir experiencias juveniles que negocien con la norma. Así, podemos apreciar que la representación social del género afecta a su construcción subjetiva y deja abierta la posibilidad de agencia (De Lauretis, 1989: 15).

La escuela, el trabajo, la migración y las redes sociales son espacios que permiten la creación de posibles salidas para gestionar el agenciamiento de algunas jóvenes en la región Costa Chica. A continuación, algunas reflexiones al respecto:

1) La escuela ha tenido un papel importante en la configuración de experiencias juveniles y por supuesto en la re-elaboración de discursos y prácticas sobre la feminidad en numerosas comunidades rurales en México, pues además de aplazar el matrimonio, otorga un espacio de socialización entre pares, para que las jóvenes puedan desarrollar prácticas de su edad dentro y fuera de la escuela (actividades extraescolares). En las narraciones de Carla y Laura la escuela es un parteaguas en su experiencia juvenil, no sólo como espacio de aprendizaje formal, sino como espacio de aprendizajes y códigos entre personas de su misma edad (Urteaga, 2011). Entre las jóvenes que no estudian se restringe la experiencia juvenil, modificándose en una práctica centrada en el trabajo doméstico, generalmente no remunerado. Las que no estudian y no tienen empleo, pasan gran parte del día en el hogar realizando quehaceres, lo que implica menos tiempo de ocio y dispersión.

Es importante no perder de vista que las posibilidades de continuar los estudios, entre estas jóvenes, varían en cada grupo doméstico de acuerdo con los recursos del que éste pueda disponer y la importancia que se le dé a la educación. En este sentido, aunque las becas y apoyos gubernamentales implican una mayor disposición familiar para mandar a las hijas-hijos a la escuela, no siempre se traduce en mayor escolarización, pues con frecuencia las jóvenes no aportan el ingreso total de sus becas a sus grupos domésticos, por lo que algunos padres asumen que enviar a sus hijas a la escuela implica un gasto y no una entrada económica.

2) El trabajo suele ser una de las salidas que toman las jóvenes afromexicanas de la Costa Chica para dar nuevos sentidos a su experiencia juvenil. El empleo remunerado es visto como una posibilidad de "tener dinero propio" y "poder gastarlo en lo que ellas quieran". Es interesante que algunas apuntan que parte de este dinero es importante para ayudar a sus familias. Además del recurso económico, lo que ellas buscan en sus proyectos laborales es la independencia frente a los padres, pues se sienten con mayor libertad de tomar decisiones sobre su vida. Algunas veces, los empleos se vuelven espacios que les permiten alejarse —por lo menos a ratos— de las tareas domésticas. Contar con dinero propio significa para las jóvenes, la posibilidad de negociar con sus padres o familiares diversos aspectos sobre su vida; por ejemplo, retrasar o adelantar el matrimonio, decidir sobre el momento de tener hijos, e

incluso, sobre las posibilidades de migrar o dedicarse a cierto trabajo o profesión.

3) La migración, sobre todo a Estados Unidos, implica un reto para las mujeres de la Costa Chica, pues sus padres y parientes no tienden a colaborar en sus empresas migratorias como lo hacen con los varones de la familia (Quecha, 2011). Es por esta falta de apoyo en la migración femenina que algunas de ellas optan por pedir ayuda a sus redes de amigas para cruzar la frontera, como da muestra el trabajo de Quecha (2011). Para los padres-madres, que las jóvenes realicen estas incursiones sin notificación resulta una afrenta a su autoridad, en tanto ésta es cuestionada por las personas de la comunidad, tanto como la propia "honorabilidad" de la joven (Quecha, 2011: 101).

La migración, ya sea para trabajar, estudiar o como simple experiencia juvenil, genera un cambio en los roles y jerarquía que obtienen las mujeres costachiquenses. En la narrativa de Laura, por ejemplo, es evidente que más que su escolarización, lo que molestó a los varones y mujeres mayores de su familia fue que saliera de la comunidad y viviera sola. Las trayectorias migratorias de las afromexicanas les permiten generar nuevas subjetividades y nuevas "formas de ser mujer joven", que muchas veces se contraponen con los estereotipos de feminidad que aprendieron y socializaron en su infancia.

4) Las redes sociales digitales y los medios de comunicación generan una globalización de conocimientos que nutre las experiencias juveniles de las mujeres afromexicanas en la Costa Chica, abriendo una ventana sobre las diversas formas de vivir la feminidad, que generan cuestionamientos entre las jóvenes sobre las reglas que generaciones anteriores nunca pusieron en duda, por ejemplo, la obligación de realizar la mayoría de las tareas del hogar. De esta forma, los medios de comunicación y su digitalización están abriendo pequeños intersticios que les permiten salidas a las jóvenes, incluso momentáneas, de las normas de género impuestas por las generaciones adultas.

En las redes sociales, por ejemplo, las jóvenes pueden asumir posturas en contra del machismo, en favor de los derechos de las mujeres, o registrar prácticas juveniles de dispersión usando las redes como un espacio social, lejos de la mirada adulta. Y al mismo tiempo, ser hijas de familia y cumplir con las labores que les son asignadas, ejerciendo un doble juego en las relaciones de poder.

REFLEXIONES FINALES

La juventud, como categoría teórica y relacional, puede configurarse en la relación de condiciones sociales que se presentan en las trayectorias juveniles, por lo que la experiencia de "ser joven" es sumamente hete-

rogénea aún dentro de un mismo contexto. El género, la clase y la condición étnico-racial, por ejemplo, son factores estructurales que crean distintas maneras de experimentar la condición juvenil. De modo que "ser joven afromexicana" en la Costa Chica es una categoría que no puede generalizarse, pues existe una amplia variedad de experiencias. Sin embargo, es evidente que existe una interiorización de "maneras de hacer, sentir y pensar asociadas a lo femenino y lo masculino, que permiten pensar en un cuerpo coherente de ideas y valores" (Viveros, 2002: 125). Esta interiorización encarnada como *habitus* depende también de condiciones como la clase social y la edad, categorías que articulan un conjunto de relaciones de poder en las que se construye la experiencia de estas jóvenes. La violencia simbólica se vuelve central en este conjunto de disposiciones sociales que legitiman el orden social y delimitan jerárquicamente roles, relaciones sociales y tareas relacionadas con lo femenino.

A pesar de la fuerza que adquiere la norma mediante la violencia simbólica, las jóvenes son agentes sociales que tienden a negociar su participación, su lugar y sus representaciones en el espacio social costachiquense, tanto como sus capitales se los permiten. Desde esta perspectiva, la heterogeneidad de estas jóvenes está influida en buena medida por la clase social, que puede, o no, permitirles distintas salidas frente a los mandatos de género. Las estudiantes, trabajadoras o migrantes, por ejemplo, han comenzado a negociar las relaciones de poder y las normas que las sustentan.

Las nuevas significaciones que las jóvenes dan al "ser mujer" desde las experiencias escolares, de empleo, migratorias, o las redes sociales, les han permitido aplazar la maternidad y el matrimonio, negociar las representaciones de género y encontrar salidas a las relaciones de poder que las sustentan. Esto les permite reemplazar, reconfigurar y resignificar pequeños intersticios de lo que significa "ser mujer joven" desde sus propias subjetividades. Por ello, estaríamos frente a un tipo de "mujeres excéntricas" (De Lauretis, 1993) que están intentando construir formas menos desiguales de ser jóvenes en su contexto.

BIBLIOGRAFÍA

Bourdieu, Pierre (2000), "Sobre el poder simbólico", en *Intelectuales, política y poder*, traducción de Alicia Gutiérrez, Buenos Aires, uba / Eudeba, pp. 1-6.

_____ (2012), "Symbolic Violence", *Revista Latina de Sociología*, vol. 2, núm. 1, pp. 1-4.

_____ y Loïc Wacquant (2001), *Una invitación a la sociología reflexiva*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Cruz Salazar, Tania (2014), *Las pieles que vestimos, corporeidad y prácticas de belleza en jóvenes chiapanecas*, México, Cesmeca-unicach / El Colegio de la Frontera Sur.

Davis, Angela (2005), *Mujeres, raza y clase*, Madrid, Akal.

De Lauretis, Teresa (1989), "La tecnología del género", en *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film, and Fiction*, Londres, Macmillan Press, pp. 1-30.

_____ (1993), "Sujetos excéntricos: la teoría feminista y la conciencia histórica", en María C. Cangiamo y Lindsay DuBois (comps.), *De mujer a género, teoría, interpretación y práctica feministas en las ciencias sociales*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, pp. 73-113.

Díaz Pérez, Cristina (2003), *Queridato, matrifocalidad y crianza entre los afromestizos de la Costa Chica*, México, Conaculta.

Essed, Philomena (2001), "Towards a Methodology to Identify Converging Forms of Everyday Discrimination". Recuperado de: <https://www.un.org/womenwatch/daw/csw/essed45.htm>, consultada el 1 de julio de 2019.

Feixa Pàmpols, Carles y Yanko González Cangas (2006), "Territorios baldíos: identidades juveniles indígenas y rurales en América Latina", *Pappers*, núm. 79, pp. 171-193.

Lamus Canavate, Doris (2013), "De la colonización del género a su resignificación 'desde lo afro'", *Reflexión Política*, vol. 15, núm. 30, pp. 124-138.

Medina, Perla, Maritza Urteaga y Ludwig Bonilla (2013), "Los guaches de la Tierra Caliente de Guerrero: configuraciones de lo juvenil en un espacio rural", en Lourdes Pacheco, Rosario Román y Maritza Urteaga (coords.), *Jóvenes rurales. Viejos dilemas, nuevas realidades*, México, Juan Pablos Editor, pp. 31-73.

Moreno, Hugo César (2006), "Bourdieu, Foucault y el poder", *Iberóforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, vol. 1, núm. 2, otoño, pp. 1-14.

Moreno, Mónica y América López Chávez (2022) "'A la mejor yo soy auto-racista'. Un acercamiento al estudio del racismo internalizado en México", *Revista Euro Latinoamericana de Análisis Social y Político*, vol. 3, núm. 6, pp. 82-108.

Oehmichen, Cristina (2015), *Identidad, género y relaciones interétnicas. Mazahuas en la Ciudad de México*, México, unam-iia-pueg.

Pacheco Ladrón de Guevara, Lourdes (2010), "Los últimos guardianes. Jóvenes rurales e indígenas", en Rosanna Reguillo (coord.), *Los jóvenes en México*, México, fce / Conaculta, pp. 124-153.

_____ y Laura I. Cayeros López (2013), "Jóvenes rurales de Nayarit. La voluntad de estar", en Lourdes Pacheco, Rosario Román y Maritza Urteaga (coords.), *Jóvenes rurales. Viejos dilemas, nuevas realidades*, México, Universidad Autónoma de Nayarit / Juan Pablos Editores, pp. 75-103.

Peña Collazos, Wilmar (2009), "La violencia simbólica como reproducción biopolítica del poder", *Revista Latinoamericana de Bioética*, vol. 9, núm. 17, julio-diciembre, 2009, pp. 62-75.

Pérez Ruiz, Maya Lorena (2008), *Jóvenes indígenas y globalización en América Latina*, México, inah (Científica).

_____ (2017), "Las muchachas de Yaxcabá, Yucatán", *LiminaR. Estudios Sociales y Humanistícos*, vol. 25, núm. 1, México, pp. 68-81.

Pyke, Karen (2001) "Estereotipos raciales y formación de identidades subétnicas entre nuevos estadounidenses de origen asiático", *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, vol. 3, núm. 5, pp. 113-127.

Quecha, Citlali (2011), "Cuando los padres se van. Infancia y migración en la Costa Chica de Oaxaca", tesis de Doctorado en Antropología Social, unam, México.

Quiroz Malca, Haydée (2013), "Los jóvenes neorrurales de la Costa Chica", en Haydée Quiroz Malca (coord.), *Contexto de los jóvenes neorrurales de la Costa Chica de Guerrero*, México, uaem / Juan Pablos Editor, pp. 67-91.

Ramírez López, Alejandra (2020), "'Que no soy de otro país, que soy de México'. Experiencias de migración, discriminación y racismo de jóvenes afromexicanos de la Costa Chica de Oaxaca", *Boletín de Antropología*, vol. 35, núm. 59, pp. 60-81.

Reguillo, Rossana (2013), "Jóvenes en la encrucijada contemporánea: en busca de un relato de futuro". Conferencia sobre culturas juveniles emergentes en el marco de la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio de la Cultura, Guadalajara, Jal., *Debate Feminista*, núm. 48, pp. 137-151.

Santillán Cornejo, Alfredo (2006), "Jóvenes negro/as. Cuerpo, etnicidad y poder: un análisis etnográfico de los usos y representaciones del cuerpo", tesis de Maestría en Ciencias Sociales con mención en Antropología, Flacso, Ecuador.

Scott, Joan (2006) [1986], "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en James Amelang y Mary Nash (eds.), *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, Alfons el Magnànim, pp. 265-302.

Secretaría de Bienestar (2020), *Informe anual sobre la situación de pobreza y rezago social*, México, Gobierno de México.

Urteaga Castro-Pozo, Maritza (2011), *La construcción de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*, México, uam-I / Juan Pablos Editor.

_____ y H.C. Moreno Hernández (2020), "Jóvenes mexicanos: violencias estructurales y criminalización", *Revista de Estudios Sociales*, núm. 73, julio, pp. 44-57.

_____ y A. Ramírez López (2020), "Cuerpos jóvenes afromexicanos. Entre la invisibilización y la resistencia", en Laura Valladares de la Cruz y Gema Tabares Merino (coords.), *Activismo, diversidad y género. Derechos de las mujeres indígenas y afromexicanas en tiempos de violencia en México*, México, Juan Pablos Editor.

Viveros Vigoya, Mara (2002), *De quebradores y cumplidores. Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*, Bogotá, ces-Universidad Nacional.